

La voz náhuatl hecha grafía: las primeras gramáticas del México colonial

Sofía Gómez Sánchez
Universidad de Guadalajara
México

La oralidad y la escritura entre los pueblos precolombinos eran independientes una de la otra. Cuando llegaron los españoles y con ellos el alfabeto esto se transformó, pues la palabra escrita posibilitó una permanencia que anteriormente la lengua hablada no tenía. En el caso de la lengua náhuatl, darle una representación a través de grafías significó, a nivel simbólico, hacer propio el espacio comunicativo de los dominados; y a nivel práctico, trasladar la palabra oral náhuatl al alfabeto era, en el caso de los misioneros, la puerta para la comprensión mutua a través de gramáticas que harían más fácil la traducción y con ello la difusión y consolidación de la palabra cristiana.

Tengamos en cuenta que una gramática es el análisis de los componentes estructurales de una lengua, lo que posibilita la elaboración de reglas para su adecuada construcción. A toda gramática la rige un principio de *instrumentalización*, es decir, se observa la lengua no como ente vivo sino como un corpus que si se desglosa, analiza y sistematiza puede cumplir determinado fin, que en la mayoría de los casos es didáctico. La estrategia de enseñar los idiomas haciendo acopio de diccionarios y gramáticas ya había sido utilizada en Europa, y en el caso de España, Antonio de Nebrija tuvo un papel precursor con la creación de su *Gramática castellana*.

Durante el siglo XVI los frailes también hicieron uso de los principios presentes en la obra de Nebrija para crear las gramáticas indígenas. Ahora bien, aunque la *Gramática* de Nebrija abordaba la lengua castellana, hay que señalar que su relación con el latín era indisociable, pues aunque el castellano se había convertido en el idioma de la corte y su influencia era grande, para Nebrija y demás gramáticos el perfeccionamiento del latín seguía teniendo preeminencia, y al menos en sus inicios, “el interés por el castellano era un medio, más que un fin en sí mismo”.¹ De hecho, la

elaboración de gramáticas indígenas tuvo su referente en la obra que Nebrija hizo sobre la gramática del latín, no del castellano.

La evangelización, uno de los móviles principales en la creación de gramáticas

La evangelización era el fin de la enseñanza indígena, por lo que la creación de gramáticas era un medio para lograr dicho objetivo. Las lenguas implicadas en la construcción de gramáticas indígenas eran el latín, el castellano y la lengua indígena en cuestión. Los traslados a nivel fonético-fonológico y sintáctico-morfológico contemplaban, según los casos, la equivalencia entre latín y náhuatl –que es la lengua indígena de nuestro interés– o entre castellano y náhuatl. Incluso el *Vocabulario trilingüe en español-latín-náhuatl*, atribuido a Bernardino de Sahagún, aborda las tres lenguas a la par.

Independientemente de si las gramáticas abordaban el latín o el castellano en su equivalencia con el náhuatl, aquí nos interesa analizar las implicaciones en la translación alfabética de la lengua náhuatl: consideramos que allí reside el cambio sustancial, pues en el traslado de la lengua náhuatl a una lengua flexiva como el castellano o el latín, es donde hay una diferencia respecto a la naturaleza formal de cada lengua. Con esto no se está diciendo que el proceso para hacer una equivalencia del náhuatl al castellano o del náhuatl al latín sea el mismo, por supuesto que cada traducción implica acciones lingüísticas y cognitivas propias, pero no olvidemos que el castellano finalmente es una lengua romance derivada del latín por lo que comparte la misma construcción básica.

Tanto el latín como el castellano forman parte de “las lenguas de flexión, o flexivas, que hacen de las raíces de las palabras núcleos de combinación, a los que se unen ciertos elementos (prefijos, sufijos)”;² aunque entre la división que existe entre las lenguas de flexión, las cuales se dividen en sintéticas y analíticas, el latín pertenece a las sintéticas, que son las que expresan las relaciones gramaticales de las palabras mediante flexiones (o terminaciones), mientras que el castellano pertenece a las analíticas, que “lo hacen mediante artículos y preposiciones.”³ No obstante estas diferencias relevantes,

volvemos a reiterar, ambas comparten una construcción lingüística que está emparentada. No así el náhuatl, que es una lengua aglutinante donde “se unen dos o más raíces con afijos, o sin ellos, para formar una nueva palabra”.⁴ De manera que es posible visualizar que el traslado de una lengua flexiva a una aglutinante fue uno de los principales problemas de equivalencia lingüística que tuvieron los frailes en la construcción de gramáticas del náhuatl.

La sistematización alfabética de la lengua náhuatl en las primeras gramáticas

A las dificultades que se han mencionado aquí, son algunos de los problemas a los que se tuvieron que enfrentar el *Arte para aprender la lengua mexicana* de Andrés de Olmos, primera gramática de una lengua indígena de la que se tiene noticia, redactada en 1547; el *Arte de la lengua mexicana y castellana* de Alonso de Molina, impresa en 1571; así como Maturino Gilberti, que en 1558 publica el *Arte de la lengua de Michuacan*, primera gramática impresa de una lengua indígena, aunque ésta no pertenece a las gramáticas del náhuatl sino del purépecha. Las obras de estos tres franciscanos inauguraron la codificación gramatical de las lenguas indígenas.⁵

Pilar Gonzalbo señala que Maturino Gilberti elabora una gramática latina para la instrucción de los colegiales de Tlatelolco, publicada en 1559,⁶ lo que hablaría de la comunicación existente entre los frailes lingüistas, además de señalarnos una vez más la importancia que significó a nivel eclesiástico y docente la apertura de Santa Cruz de Tlatelolco –el primer colegio para indígenas en la Nueva España–, de tal manera que Gilberti también cooperó con la creación de una gramática latina para el Colegio.

Estos hechos dan testimonio del interés compartido por los frailes en cuanto a la elaboración de una herramienta de traducción entre las lenguas indígenas y el castellano o el latín. A este respecto, por disposición real, la obra de Nebrija era el modelo gramatical a seguir⁷ para la creación de las gramáticas indígenas, sin embargo, Rosa Yáñez señala que aunque las obras de Nebrija “sirvieron de paradigmas para sujetar las lenguas indígenas y conceptualizar una realidad lingüística, frecuentemente

de manera imprecisa e incluso errónea”,⁸ un acercamiento a diversos vocabularios permite observar que esta estructuración de las lenguas indígenas no siempre se hizo siguiendo a Nebrija.⁹

Además, entre quienes seguían sus criterios, hay quienes lo hicieron más que otros, por ejemplo, para Olmos existía una necesidad de analizar la lengua indígena por sí misma, en cambio para otros el latín era el punto de referencia a partir del cual elaborar las gramáticas indígenas. Así, Olmos permitió que la lengua náhuatl se expresara más cercanamente a su construcción natural que, por ejemplo, Gilberti con el purépecha. Primero, dice Olmos, “se pona la conjugación, no como en la gramática, sino como la lengua lo pide y demanda, porque algunas maneras de decir que nosotros en nuestra lengua, o en la latina, esta no la tiene. Y pareceme que sera confusion, por no salir de la conjugacion del latin, poner algunos romances en tiempos que les pueden quadrar”.¹⁰

Olmos comienza su *Arte para aprender la lengua mexicana* con una carta a fray Martín de Hojacastró, comisario general de Indias, quien tomó el cargo a la muerte de Jacobo de Testera y también se distinguió por su actitud en favor de los indios.¹¹ En la carta Olmos expone parte de sus inquietudes respecto a la diferencia entre la lengua náhuatl y el castellano –o el latín–, lo que hace tan difícil la labor de traducción:

mayormente en cosa tan ardua como esta, que es querer poner cimientó sin cimientó de escriptura en una tan estraña lengua y tan abundosa en su manera y intrincada. Pues si el sancto apóstol, diuinamente alumbrado y lleno de gracia, acudió a los biuos y diuinos libros que son sus sanctos compañeros, quanto mas deue acudir do quier que aprouechar se pudiere, el que tal obra, aunque pequeñita parezca, quiere fundar sin el dicho cimientó de escriptura y libros de que estos carecían.¹²

Aquí, además de sus inquietudes respecto al proceso de traducción, Olmos expresa la conciencia que tiene sobre la colosal tarea que emprende al realizar una gramática de una lengua que carece de “escriptura”, es decir, de un sistema alfabético. En estas líneas nos deja ver el carácter religioso de su labor, al que estaba supeditado su trabajo como lingüista, así como la propia conciencia sobre la complejidad presente en

la creación de una gramática de un idioma que no era su lengua materna, que no contaba con un sistema alfabético y que recordemos era un ejercicio que no tenía precedentes en la Nueva España.

Más allá de si Olmos se centró en la pronunciación de los sonidos en su labor de representación alfabética o Molina en la variedad de los acentos (precisamente porque él a diferencia de Olmos aprendió el náhuatl desde pequeño, lo que da una familiaridad lingüística y cognitiva más profunda), lo crucial es que los frailes tenían tras de sí una formación que incluía la elaboración de gramáticas, es decir, un estudio sistematizado del lenguaje con reglas y funciones específicas. Esa construcción cultural fue utilizada para adaptar la lengua oral náhuatl al sistema alfabético, que lo proveyó de una conformación cognitiva y cultural distinta a la que originalmente tenía.

El poder inscrito en la apropiación gráfica de una lengua

Las palabras que anteriormente citamos de Olmos nos dan pie para indicar que cuando aquí se habla de “sistematización de la lengua náhuatl” o de problemas “lingüísticos” a los que los frailes se enfrentaron en el proceso de traducción, se debe entender que se está hablando con términos de la lingüística actual pero que no eran concebidos así para los frailes del siglo XVI. Ni Olmos, Gilberti o Nebrija pensaban en una sistematización a modo, por ejemplo, de los estructuralistas contemporáneos, por lo que cuando aquí se habla en tales términos es guardando la debida distancia pero haciendo acopio de una denominación actual. De igual manera ocurre con los aspectos lingüísticos, pues aunque los frailes sabían que estaban ante un problema en relación con el lenguaje no estaban cargados de las concepciones que hoy atañen a las definiciones de fonética, fonología, morfología, sintaxis, entre otras.

Una vez hecha esta aclaración podemos continuar y decir que, en su inicio, es decir cuando aún no se habían creado las gramáticas, la manera en que surge la alfabetización de la lengua náhuatl es en un proceso meramente pragmático en donde los frailes intentaban escribir aquello que entendían de las palabras indígenas. Recordemos que sólo con Alonso de Molina tendremos un fraile que aprendió desde pequeño el náhuatl. Con este método inicial ya se está haciendo una sujeción gráfica de una lengua

que hasta entonces había sido oral. Cuando los frailes realizan las gramáticas hay entonces sí un proceso de sistematización consciente, donde se conoce el náhuatl, se analiza y estructura conforme a la gramática de Nebrija. Aquí, la sujeción dentro del sistema alfabético es contundente. Hay un doble ejercicio de aprehensión cuando la voz es absorbida por la grafía y además se hace en una estructura que obedece a la construcción gramatical latina o castellana.

Ahora bien, aunque como se ha expuesto existieron distintas motivaciones para la producción de las gramáticas latinas, y no todas obedecían a un principio de sometimiento, es posible y pertinente observarlas como un ejercicio de dominación en el plano cognitivo. Si hacemos esto, en el caso del náhuatl tenemos que está conformado por dos agentes dominadores: el agente dominador 1 (la traslación alfabética del sonido) y el agente dominador 2 (la construcción gramatical de la lengua latina) que se apropian del elemento dominado (la lengua oral náhuatl). En la traslación alfabética de la voz náhuatl, la apropiación es completa, pues precisamente la característica principal del alfabeto es que fija gráficamente la manifestación oral de una lengua. En cuanto a la construcción gramatical, si bien es cierto que hay una adecuación de la configuración del náhuatl a la gramática latina, esta apropiación es parcial, pues la lengua oral náhuatl tiene sus propias expresiones que no son por completo acordes a la gramática latina y esto exige una negociación con la estructura latina.

Tenemos pues que había que comunicarse. Una conquista debe hacer “saber”, debe poder comunicar su victoria e imponer sus nuevos modelos de vida y pensamiento. La relación entre la población y los misioneros en el campo de la traducción implicó una transformación de perspectivas tanto de unos como de otros, en algunos casos más pronunciada. Sabemos que no todo fue dominio y sometimiento, si nuestro trabajo acentúa estos aspectos es porque nos parece que se ha observado preminentemente a tales procesos como parte “natural” del contacto de las culturas indígenas con las europeas.

Por lo general, no se pone en duda el ejercicio de poder que existió a nivel militar, jurídico, religioso o de estructura social durante la conquista y colonización americanas, pero surgen reticencias en aspectos culturales como lo es el lenguaje. Ahí las



afirmaciones parecen necesitar ser matizadas y consideramos que esto proviene del grado de occidentalización que como historiadores e intelectuales hemos adquirido en el plano personal e histórico. Esto es lo que quiere poner en discusión nuestro trabajo, de allí que le dé una preponderancia que a veces suena exagerada a nociones como el dominio.

Conclusión

Por supuesto que los frailes no hicieron sus gramáticas bajo el ideal de un sometimiento “maquiavélico” de los indios. Sus fines eran otros y para ellos eran nobles: primero comunicarse para así salvar del fuego del infierno a los idólatras indígenas. Pero nuestro trabajo desea poner en relieve que las motivaciones aguardan principios de poder que muchas veces son imperceptibles para los propios ejecutantes, sin embargo allí están. Para nosotros, como observadores y seres inmersos por completo en una cultura occidental, la perspectiva de dichos fenómenos lingüísticos puede también formar parte de esa imperceptibilidad que nos hace considerarlos dentro de una inercia lejana a las manos del poder simbólico y práctico. De allí la insistencia de este texto en agregar estos aspectos a fenómenos tan cotidianos como el lenguaje y la escritura, los cuales fueron parte de un pasado pero que el presente ha de actualizar para una comprensión más plena de nosotros como civilización humana.

© **Sofía Gómez Sánchez**

Notas

- 1 Niederehe, “Gramaticografía”, 2011, p. 19.
- 2 Pimentel, *Gramática*, 2008, p. 8.
- 3 *Ídem.*
- 4 Sullivan, *Compendio*, 1998, p. 15.
- 5 Hernández, “Naturaleza”, 2011, p. 78.
- 6 Gonzalbo, *Historia*, 1990, p. 122.
- 7 *Ibidem.*, p. 254.
- 8 Yáñez, “Vocabulario”, p. 81.
- 9 *Ibidem.*, p. 83.
- 10 Olmos, *Arte*, 2002, p. 59.
- 11 *Ibidem.*, p. 5.
- 12 *Ibidem.*, p. 9.

Bibliografía

- Gonzalbo Aizpuru, Pilar, *Historia de la educación en la época colonial. El mundo indígena*, México: El Colegio de México, 1990.
- Hernández, Ascensión, “Naturaleza y función del nombre en *El Arte de la lengua mexicana y castellana* de fray Alonso de Molina” en Julio Alfonso Pérez Luna (coord.) *Lenguas en el México novohispano y decimonónico*, México: El Colegio de México, 2011, pp. 77-103.
- Niederehe, Hans-Josef, “La gramaticografía española del siglo de las luces” en Julio Alfonso Pérez Luna (coord.), *Lenguas en el México novohispano y decimonónico*, México: El Colegio de México, 2011, pp.17-41.
- Olmos, Andrés de, *Arte para aprender la lengua mexicana*, México: UNAM, 2002.
- Pimentel Álvarez, Julio, *Gramática latina. Método teórico-práctico*. México: Editorial Porrúa, 2008.
- Sullivan, Thelma, *Compendio de la gramática náhuatl*, México: UNAM, 1998.



Yáñez, Rosa H., “El *Vocabulario* de Gerónimo de Cortés y Zedeño: entre Antonio de Nebrija y Alonso de Molina” en Ignacio Betancourt, *De historiografía lingüística e historia de las lenguas*, México: UNAM, 2004, pp. 81-95.